

Ser violento. Los orígenes de la inseguridad y la víctima cómplice, de Marcelo Moriconi Bezerra, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2013, 237 pp.

Juan Mario Solís Delgadillo*

La obra Marcelo Moriconi es un aporte teórico con una buena dosis de evidencia empírica que invita a reflexionar y a re-plantear, con base en el pensamiento complejo, un fenómeno tristemente actual para la región latinoamericana como lo es la violencia, y su complemento, la inseguridad. *Ser violento. Los orígenes de la inseguridad y la víctima cómplice* es un texto provocador que permite al lector desentrañar los orígenes del malestar social partiendo del cuestionamiento en torno a la normalización o naturalización de prácticas informales que trastocan la ética y la moral pública.

A lo largo de sus páginas, Moriconi logra desarrollar un argumento lógico, con buena hilaridad y con alguna dosis de humor que llevan al lector a notar lo más evidente de lo menos evidente: que somos los propios ciudadanos quienes a la vez somos el combustible de nuestro propio malestar; en otras palabras que somos nosotros mismos víctimas y cómplices de la pauperización de la vida en sociedad y los parámetros de lo que es la buena vida.

El hilo conductor del trabajo, no cabe duda que tiene sólidas referencias teóricas, aunque cabe notar la influencia *arendtiana* en la construcción del argumento. Esto es relevante puesto que al autor ha logrado desarrollar un aporte muy original con clara referencia en las sociedades latinoamericanas, aunque con especial énfasis en Argentina y México. De esto se desprende, por ejemplo, que Moriconi preste especial atención a las prácticas culturales como la corrupción (en todas sus acepciones) como uno de los orígenes que dan vida a los cuatro tipos de víctimas-cómplices que configura, a saber: *a)* aquellas que lo son por miedo; *b)* por necesidad; *c)* por interés; y *d)* por ignorancia.

El autor logra hacer notar que lo que para los tomadores de decisiones se han considerado como causas de la violencia en realidad son consecuencias, y que en el fondo, el saber técnico no logra acertar en una adecuada estrategia contra la inseguridad porque sus planteamientos descansan en una secuencia lineal y simplista. De este modo, por ejemplo, se ha extendido y popularizado que son los pobres, los jóvenes o los desempleados los portadores de la violencia; o bien que el dinero es un fin en sí mismo para quien se dedica a las actividades delictivas, cuestión que Moriconi logra desarticular cuando sostiene que un ladrón no roba una casa para amueblar la suya, o no roba un automóvil para usarlo como vehículo propio, sino que estas actividades son rentables porque generan un ingreso que permiten cubrir satisfactores, muchos de ellos aspiracionales

* Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Correo electrónico: juanmariosolis@gmail.com

que la sociedad de consumo invita a adquirir a partir de la explotación de la imagen de “celebridades” a las cuales hay que seguir o imitar.

Este planteamiento, permite al autor subrayar que más importante que el ser o el deber ser, hoy en día prevalece la tendencia al tener-ser, incluso al querer-ser. Y es precisamente con base en estas últimas dos dimensiones que buena parte la violencia se dispara en sociedades desiguales, y sobre todo precarizadas, lo cual implica que la violencia no sólo proviene, como erróneamente sostienen los diseñadores de las políticas de seguridad, de los pobres, sino que ésta en realidad es transversal a todos los estratos de la sociedad.

De esta manera, Moriconi plantea en un momento la razón de ser de grupos como las barras bravas que tanto se señalan en los ambientes deportivos como portadores y causantes de la violencia en los estadios, y sostiene, que si estos colectivos existen es porque se han convertido en espacios que permiten visibilizar cada semana a los invisibilizados de la sociedad, quienes a través de símbolos como el canto, las banderas o las bengalas logran legitimar su presencia en la sociedad, así como afianzar un sentimiento de pertenencia a algo.

Por su parte, el texto insiste en que si las sociedades actúan como lo hacen esto se debe en buena medida porque el discurso jurídico-legal de las instituciones se ha vaciado de contenido, o dicho en otras palabras, ha perdido credibilidad. En un ámbito como la justicia en el que precisamente ésta no puede ser objetiva, sino más bien creíble, el hecho de que los ciudadanos perciban negativamente sus resultados abre paso a que los ciudadanos asimilen que se pueden jugar cartas por fuera de la ley porque existe una percepción muy alta de que hacerlo no traerá consecuencias.

Lo anterior significa que si bien los Estados cuentan con instituciones formales, y que la sociedad reconoce ciertos valores como imprescindibles para la buena vida en comunidad, en sociedades precarizadas como lo son las latinoamericanas por diversas razones, subyace una tolerancia a actividades y conductas que se alejan de ese fin, y que dicha tolerancia abre paso a la institucionalización de la trampa o el engaño como moneda de uso común y paralelo convirtiendo en el fondo a los ciudadanos como el origen de su propio malestar.

Ser violento. Los orígenes de la inseguridad y la víctima-cómplice es una lectura obligada para aquellos que indagan cuestiones relativas a la seguridad ciudadana pues pone en entredicho una buena cantidad de los argumentos que sostiene esta corriente tan en auge en la región. Es además, un excelente trabajo teórico de Ciencia Política que crítica a la propia disciplina por descuidar la reflexión y obsesionarse con las investigaciones cuantitativas llenas de datos, pero con escasa sensibilidad o visión de aspectos que requieren un abordaje diferente; un aspecto que un tema tan sensible como la violencia y la inseguridad ameritan en un entorno que tiene como trasfondo el populismo punitivo.